

feliz, será preciso apelar al más doloroso.

Diciendo esto, pasó por sus párpados la fina batista del pañuelo que tenía en las manos y que habia sacado del bolsillo de su bata, como si supiera de antemano que alguna lágrima habia de asomarse á sus ojos.

Hasta entónces no habia visto Miguel llorar á la Marquesa; así es que se sintió vivamente conmovido, y arrojándose á sus piés, le cogió ambas manos cubriéndolas de besos. Entónces ella continuó diciendo:

—No me creas tan cobarde que no tenga valor para llevar á cabo un gran sacrificio; necesito la estimacion del mundo para no perder la tuya; la maledicencia desatada contra mí me ha hecho comprender mi debilidad, y quiero ser fuerte..... Prefiero que me olvides hoy á que me desprecies mañana. Y levantándose con sencilla majestad y dando á su acento un tono particular de dulzura y de energía, añadió:

—Para que me estimes es preciso que nos separemos.

—¡Una separacion! exclamó Miguel atónito..... ¡Separarnos!..... Me causan tus pa-

labras una sorpresa indecible..... Si no creyera en la sinceridad de tu amor como creo, me acometeria la espantosa idea de que buscabas un rompimiento.

—¡Ah, ah! gritó Luisa sin poder contenerse. Hago un esfuerzo sobrehumano en nombre de nuestro amor, y estás á punto de dudar de mi fortaleza..... ¡Cuánto más fácilmente sospecharás mañana de mi debilidad!

—Te juro..... exclamó Miguel.

—No jures, dijo ella, interrumpiéndole; no me comprendes.

—Pero Luisa..... añadió él..... una separacion es imposible.

—Yo, replicó ella con firme entereza, no veo otro recurso.

Reinó un momento de silencio, en que solo Dios sabe qué torbellino de pensamientos revolveria cada uno de ellos en su cabeza. Ambos estaban pálidos, y no era difícil descubrir en la expresion de los semblantes las agitaciones del alma.

Miguel tomó su resolucion, y cogiendo el sombrero se acercó á la Marquesa y le tendió la mano; ella á la vez le tendió la

suya, y las dos manos se estrecharon. Aquella muda despedida tenía toda la solemnidad de las despedidas eternas.

Al fin, las manos se desprendieron una de otra, y Miguel salió del gabinete sin pronunciar una palabra; pero ántes de llegar al fin del pasillo sintió á su espalda sollozos comprimidos, y sin poder dominarse, volvió atrás, y entrando precipitadamente y parándose delante de la Marquesa, le dijo:

— ¡Lloras!.....

Ella estaba de pié apoyada contra la mesa del escritorio, cubierto el semblante con ambas manos, y al oír la exclamación de Miguel las separó rápidamente, diciendo:

— No, no lloro.

En efecto, sus ojos estaban secos.

Miguel suspiró profundamente como el que hace un supremo esfuerzo, y vacilando un momento, pronunció al fin estas palabras:

— No nos queda más que un medio.

— ¿Cuál? preguntó ella.

— Te propongo el sacrificio de mi orgullo de hombre.

— ¿Cómo? volvió á preguntar la Marquesa.

— Uniéndome á tí para siempre.

Esta vez fué ella la que le tendió la mano, diciendo:

— Acepto; pero piénsalo, piénsalo bien.

Cuando la Marquesa se encontró sola en su gabinete, exclamó:

— El mundo..... ¿qué me importa el mundo?..... Es mi amante y será mi marido..... Soy dueña de su corazón y de su voluntad. ¡Ah, y cómo se resistía el pícaro!..... ¡Qué trabajo me ha costado hacerle caer en el lazo del matrimonio!..... Es orgulloso — muy orgulloso — mejor; tiene ese encanto más..... Señor Matusalem..... la naturaleza humana le hace á V. traicion..... porque..... porque me caso.